

un espejo que tuvieran siempre á la vista para su segura direccion. Esta fué aquella *Regla* tan celebrada en todos los siglos, y por todos los verdaderamente sabios; aquella regla, que como la mas oportuna y segura se tomó por innumerables órdenes religiosas; aquella regla que mereció no solo la solemne aprobacion de los oráculos de la Iglesia, sino la recomendacion especial del cielo, de donde la recibió san Norberto para el feliz gobierno de su nuevo instituto, y los bienaventurados fundadores de la sagrada orden de servitas por manos de la Virgen santísima para el suyo.

Ponderen los gentiles ó finjan cuanto quieran de Numa, Licurgo y otros legisladores. Con todas las hipérbolas jamas podrán atribuir á sus leyes igual elogio. El cielo, por mejor decir el Criador de los cielos y de la tierra, dió y encargó para la segura direccion de sus siervos la regla de Agustino. Ella fué realmente como un breve compendio de la ley evangélica. Si esta se reduce al amor de Dios y del prójimo, en que quiso encerrar el divino Legislador su celestial doctrina, ¿qué respira la regla de Agustino sino amor de Dios y del prójimo? ¿qué respira sino aquella abstraccion del mundo, aquel desprecio de las riquezas y honras mundanas, aquel rigor y austeridad, aquella pureza de corazon, aquella concordia fraterna en sus hijos, y por decirlo de una vez, aquella perfeccion que Cristo Señor nuestro y sus apóstoles encargaron, para que reine solo en nuestros corazones el amor de Dios y del prójimo por Dios? No tiene cláusula ni palabra superflua; no usa de figuras retóricas; no se leen en ella declamaciones vehementes: es un cuerpo de sagradas leyes, claro, metódico, sencillo, y con todas las circunstancias propias de una regla, en que solo se procura el establecimiento de la vida apostólica y de la perfeccion evangélica. ¡Qué dichosos efectos no ha producido en la Iglesia con tanto número de patriarcas que la dieron á sus hijos, y con tantos hijos que fielmente la siguieron!

El mismo zelo que inspiró en el corazon de Agustino el establecimiento de la vida monástica, le obligó á la reformation del clero, á cuyo fin mandó para todos los que habian de abrazar el estado eclesiástico, á mas de la vida comun, un inviolable retiro en su casa episcopal, donde, separados del mundo, se consagrasen totalmente á Dios, y se preparasen debidamente para el alto ministerio que habian de ejercer. Así podemos de-

cir, que Agustino fué con toda propiedad el fundador de los colegios ó seminarios episcopales, que tanto esplendor y tan precioso fruto han dado á la Iglesia. El que tanto trabajaba para formar dignos ministros del pueblo cristiano, ¿cuánto trabajaría para el desempeño de su ministerio á beneficio del mismo pueblo? Esta solicitud le tenia desvelado dia y noche, pasando con ella noches enteras sin dormir, y dias enteros sin tomar alimento. Esta le hacia dejar su dulce retiro, y emprender largos viajes, cuando importaba su presencia, ó para la instruccion ó conversion de alguna alma, ó para el mayor bien de otras diócesis, que le llamaban con frecuencia, ó para la santa paz y mejor disciplina de la Iglesia. Esta en fin le obligó á escribir tantos libros, á predicar tantos sermones, que no es fácil entender cómo tuvo tiempo para predicarlos; y sin embargo eran siempre oídos con sumo gusto y aplauso, no solo de los fieles, mas aun de los infieles ó herejes; concurriendo todos á porfia, y llevándose no pocos en escrito cuanto podian notar, para que nunca les cayese de la memoria.

No penséis, amados oyentes, que con todo lo dicho queden ponderados los mayores esmeros de su zelo para el servicio de Dios y de la Iglesia católica: falta decir aún el mayor sacrificio que hizo al Señor para tan importantes fines. Este es el sacrificio de la fama que suelen estimar mas los eruditos, la fama de docto y elocuente. Nadie puede disputar á san Agustín una elocuencia perfecta y sublime. A no tenerla, no le hubieran llamado de Cartago, de Roma y de Milan, que es decir, de las ciudades que hacian entónces especialísimo papel en el gran teatro del mundo, no le habrian llamado, digo, ya en su mocedad para su principal maestro de retórica; no habria escrito con tanta elegancia á poco tiempo de convertido los libros contra los académicos, y otros, en que resplandece todo el primor de la elocuencia tuliana. Pero Agustino, mas ansioso del mayor bien de los fieles, que de su propia honra, por aquel sacrificó esta á Dios, humillando el estilo, para que pudiera entenderle fácilmente hasta la mas ruda plebe. Reprimió su ingenio, contuvo la corriente del discurso, disimuló su erudicion en las letras humanas, usó de un estilo que parece humilde; y en efecto cuando debiera servir para humillar la soberbia de ingenios altivos, ha dado motivo en algunos para censurarlo. Ah, necios! ¡cuán poco conocéis los altos fines y los preciosos efec-

tos de aquella humildad! ¿Ignoráis acaso que san Pablo (1) hacia gloria de la humilde sencillez de sus sermones? ¿Ignoráis que los santos Padres la celebran en el Doctor de las gentes, en los evangelistas y en los demas apóstoles como propio carácter del ministerio apostólico? ¿Ignoráis que la divina sabiduría se humilló profundísimamente, para conversar con los hombres y grabar así la celestial doctrina en sus pechos con mas oportunidad? Sabia bien Agustino que no sirve para esto la hinchazon, como él mismo la llama, de las letras mundanas, ni el estilo altisonante, sino la doctrina sólida, clara, persuasiva, convincente, tanto mas cuanto se hace mas entender. Esta fué la que usó desde que tomó sobre sí el ministerio apostólico. Compendiendo la voluntaria omision de su elocuencia con la copia de sagrada erudicion, con la gravedad, claridad y energía de sus discursos, logró el fin que se propuso. Se instruía con ellos la plebe; se convenia, se movia, los recibia con tanto gusto, que con sus aplausos interrumpia frecuentemente al orador, obligandole á pedirles por su profunda humildad, que se abstuviesen de tales demostraciones. Y ¡cuántas veces hizo derramar en todo el concurso copiosas lágrimas de arrepentimiento por sus culpas! ¡Cuántas veces logró la conversion que tanto deseaba, no solo de los malos cristianos, mas aún de los infieles y herejes! ¡Cuántas veces logró efectos tan admirables, que jamas pudiera lograr la elocuencia mas sublime!

Entre los muchos indubitables que se pudieran referir, son dignos de particular atencion dos, que nos constan por el mismo santo, cuyos sermones animados por el divino Espiritu bastaron para extirpar costumbres envejecidas sostenidas con el mayor empeño. Se solian celebrar en varias partes de África y fuera de ella las exequias de los difuntos, y aún algunas fiestas con inmoderados convites en las iglesias. Estos excesos, que á un tiempo fomentaban la intemperancia, y profanaban la casa de Dios, excitaron contra sí el zelo de Agustino de tal modo, que aún ántes de ejercer el oficio de presbítero escribió al primado obispo de Cartago con toda la energía propia de su estilo (2), para que con la superior autoridad se opusiese al torrente de tan abominable abuso. Pero viendo que no se habia podido atajar por el teson inexpugnable de sus defensores, apé-

(1) *I. Cor. c. 2. v. 1.* (2) *Aug. Epist. XXII ad Aurel.*

nas empezó la sagrada carrera de su predicacion, tomó á su cargo el combatirla. Armóse á este fin, á mas de la fervorosa oracion, de todas las razones y testimonios de la sagrada Escritura, que le sugirió su ilustrado ingenio, en ocasion en que se acercaba uno de los dias destinados á tales convites. Inflamado su corazon y su lengua, declamó desde el púlpito, no un dia solo, sino algunos dias continuados, y en un mismo dia no una vez sino muchas. Apoyábase la costumbre de su pueblo, aunque tan reprehensible, no solo con su antigüedad, y con aquella decantada razon de que siempre se habia hecho; sino tambien con ejemplo de otras iglesias, de las mas autorizadas, donde se toleraba. Qué? decia el pueblo: ¿por ventura no fueron doctos y pios nuestros antiguos prelados? Los que toleran en sus iglesias esta costumbre, ¿serán dignos de censura? Si se practicó tanto tiempo sin repugnancia, ¿por qué no ahora? Si la toleran en sus iglesias otros prelados de superior autoridad, ¿por qué no se ha de tolerar en la nuestra? Estas razones tan fuertes para el mundo, expuestas con la mayor viveza, confirmadas naturalmente con el crédito de no pocas almas virtuosas, que á título de una piedad mal entendida seguirian la costumbre, bien que con la moderacion que les prescribiera su cristiana virtud, no fueron capaces de contener el zelo de Agustino. Excusó á los prelados antiguos y modernos con prudentes motivos; disipó con invencibles argumentos los que se le oponian; demostró la obligacion indispensable de abstenerse de tales convites; y siguiendo el ejemplo del Redentor, que con tanta firmeza se opuso á la profanacion de la casa de Dios (1); como muro de bronce se opuso Agustino á la profanacion de la iglesia. Declamó, gimió, lloró, y no cesó hasta conseguir la deseada victoria, tan completa, que convirtió la repugnancia tenaz en serio arrepentimiento y en amargas lágrimas, quedando desde entónces desterrada para siempre la inveterada costumbre. ¡Qué triunfo mas glorioso de la sagrada elocuencia! qué zelo mas fervoroso y solícito!

Se mostró este con igual solícitud y felicidad en otra costumbre, acaso mas detestable, de una ciudad de África, donde para satisfacer los deseos del propio prelado predicó Agustino segun acostumbraba. Solia en ella el pueblo en cierto dia ó dias

(1) *Matth. c. 21. v. 12.*

del año divertirse con un espectáculo cruel, mas digno de fieras que de hombres, arrojándose piedras unos contra otros, amigos, parientes, hermanos; de que resultaban heridas y muertes funestas, que debieran llorar los mismos que con deleite y aplauso las causaban. No pudo mirar Agustino tan bárbara ferocidad ni con indiferencia, ni con ojos enjutos. Aplicó contra ella toda la fuerza de su ingenio en un sermón; y á pesar de las hondas raíces de aquella costumbre, y del empeño que se hacia en sostenerla, logró con un sermón lo que no se habia podido lograr hasta entónces, exterminándola para siempre.

Tan fervoroso se mostró el zelo de Agustino, tan poderosa fué su elocuencia, tan felices fueron los efectos de la divina palabra propuesta por aquel fidelísimo ministro; tan digno es de nuestra imitación su ejemplo, nunca mas que en estos infelices tiempos, en que abortó el infierno tantas lenguas y tantas plumas, que derraman sobre la tierra con asombroso conato el veneno de perniciosas doctrinas. Estas encendieron contra sí el zelo de Agustino, y ellas deben inflamar el nuestro para contener la corriente de los males que resultan de sus rápidos progresos. Procuremos pues, hijos y hermanos míos carísimos, imitar el ejemplo de Agustino con particular esmero. Imitémosle con mas cuidado los que por divina disposición somos llamados al ministerio de la divina palabra, y á la instrucción del cristiano pueblo. No permita Dios que seamos como la infeliz higuera que mereció por su esterilidad la maldición de Cristo (1). No seamos árboles infructuosos, que haciendo vana pompa de su frondosidad y hojarasca, carecen del precioso fruto, para el cual fueron puestos en la viña escogida del gran Padre de familias (2), y se nos puedan echar en rostro las gravísimas palabras: ¿por qué ocupáis el sagrado lugar, que con mas justicia ocuparían fieles ministros (3)? Apliquémonos al bien de la Iglesia y de los fieles con tanto conato, que se pueda decir con razón de nosotros lo que de sí mismo decia el Salmista (4), que somos como el fértil olivo plantado en la casa del Señor. Sí, como el fértil olivo que da todo el aceite necesario para iluminar el pueblo, para encender los pechos en la caridad, para guiar á los mortales por el verdadero camino de la gloria celes-

(1) *Matth. c. 21. v. 19.* (2) *Luc. c. 13. v. 6 et seqq.*

(3) *Ut quid etiam terram occupat. Ib. v. 7.* (4) *Psalms. 51 v. 10.*

tial. A este fin se dirigieron todos los conatos, todo el estudio, todas las tareas de Agustino; y este debe ser el fin de nuestras operaciones, si queremos manifestarnos dignos ministros de aquel Señor que vino al mundo para iluminarle y salvarnos.

Vos, ó Padre y maestro amantísimo, que nos disteis para esto el mayor ejemplo, alcanzádnos con vuestra poderosa intercesión los auxilios de la divina gracia, de aquella gracia de que fuisteis invicto defensor; alcanzádnosla particularmente á los que hacemos gloria de ser vuestros hijos y devotos, para que siguiendo no ménos vuestras pisadas, que vuestra doctrina, logremos la dicha de acompañaros en el cielo por toda la eternidad. Amen.